

Viajar lo es todo: homenaje a mi querido Caribe y sus despedidas

Texto y fotos: Elena García Prieto¹

Recorríamos las carreteras secundarias que atraviesan entre cordilleras la península ibérica. Alba conducía el auto viejo de su madre. Fue hace unos cuantos años ya, demasiados según se mire. Absortas en la conversación, recapitulábamos lo que ya pasaban a ser anécdotas de un fin de semana invernal en las montañas nevadas del Pirineo aragonés. Marina, invadida por la nostalgia de lo vivido y disfrutado solo por un corto periodo de tiempo antes de ser engullido por el pasado, nos habló de un poema de García Márquez (como se citó en De Pineda, 2018) que afirma que viajar es marcharse de casa, dejar los amigos, tratar de volar, conocer otras ramas, recorrer caminos, intentar cambiar. La subjetividad del “intentar volar” se me quedó

grabada en la memoria en forma de una larga lista de preguntas sin respuesta. Unos versos más adelante, otra afirmación significativa: “Viajar es vestirse de loco”. Quién me iba a decir a mí que el escenario de las palabras de Gabo se convertiría posteriormente en el escenario de mis más preciados recuerdos.

Sí, viajar es intentar volar. En la tarde del 11 de septiembre de 2017, un avión con destino a Bogotá despegaba del aeropuerto de Madrid. Yo me despedía de mi ciudad y de algunos compartimentos del ayer, mientras otros, sin embargo, quedaban escondidos en reducidos recovecos del subconsciente, tras los párpados. Memorice la fecha exacta porque ese mismo día, 18 años atrás, fue el atentado contra las Torres Gemelas en Nueva York. El tiempo, por lo visto, también vuela.

1. Especialista en Comunicación y Medios Digitales, investigadora musical y exploradora cultural. *E-mail:* elenagprieto@gmail.com.

Es en algún punto entre los números, letras y símbolos que componen las coordenadas y organizan nuestro planeta, atravesando los meridianos que dividen el océano Atlántico sobre el Ecuador y renuevan las horas desvelando las múltiples caras de la luna, donde empieza mi aventura y se alimenta mi nostalgia. Mi diario de viajes por los cinco sentidos, la Colombia diversa, sus colores y raíces, el ritmo y el sabor, la sazón. Suena la música y da comienzo a una historia de amor con lo desconocido.

Nunca había viajado sola. La primera vez que me creí una intrépida exploradora, con tremenda pinta de “gringa mochilera”, atravesé el país en busca de la costa. Por el camino había quienes me hablaban de un desierto de arena dorada, bañado

por las aguas turquesas del mar Caribe y hechizado por los vientos susurrantes de poniente. El punto más al norte, tierra sagrada, deseada por piratas ingleses y buscadores de perlas españoles siglos atrás. Los guardianes ancestrales del territorio, los indígenas wayuu, nos dan la bienvenida a la península de la Guajira.

Desde Santa Marta, una buseta transita las faldas de la Sierra Nevada por carretera, entre matas de plátano y papayos, discretas cabañas de colores con tejados de zinc y puestos de guanábanas, mangos y guayabas. Dejando a un lado Buritaca y Palomino, un par de horas más tarde se llega a Riohacha. Desde allí se toma otro bus hasta la plaza de Uribia, capital indígena cuyo nombre en wayuunaiki, el lenguaje del viento, es *Ichitki*.



La Guajira. Fuente: Archivo de Elena García Prieto



La Guajira.

Fuente: Archivo de Elena García Prieto

Traté de escapar un rato del sofocante calor bajo el toldo de una tienda donde vendían agua, viendo pasar hermosas mujeres con sus rostros trazados por sutiles dibujos en un rojo arcilla, vestidas por largas túnicas de alegres colores y sombreros tejidos con fibra de mawisa para protegerse del sol. Junto a mí, un joven de unos 20 años y alegres ojos oscuros también esperaba al Jeep 4 x 4 que, envuelto en barro y polvo, nos trasladaría dando votes por las dunas del desierto hasta Cabo de la Vela, junto al mar. “Mi nombre es Joaquín, un gusto conocerla”, se presentó.

Por el camino, el joven me contó que iba de regreso a la ranchería de su mamá, un negocio familiar dedicado a dar alojamiento a unos pocos forasteros, figones y despistados turistas en bermudas interesados en conocer los enigmas de su hermoso pueblo. La ranchería se llamaba Kashi, que en wayuunaiki significa “luna”, símbolo de la

noche, allá donde el sueño cobra vida. La representación del halo de *kashi* también es un baile en el que las parejas wayuu se desplazan formando círculos, creando una corona con el fin de representar la fecundidad de la tierra al son de la música. Fue tanta la inquietud que no pude rechazar la invitación y el hogar de la familia de Joaquín se convirtió en mi hogar durante cinco días.

Me dormía escuchando las olas del mar, mirando un cielo de azules cobalto inundado de mapas de constelaciones, imaginando planetas lejanos, tratando de calcular el infinito. Y, por las mañanas, leía y escribía notas en mi cuaderno mientras veía llegar a los pescadores con el almuerzo. De vez en cuando, conversaba con las niñas que se acercaban a venderme hermosas pulseras y maletas, tan tímidas y etéreas ellas, con la cara completamente camuflada en un barniz negro carbón para refugiar sus rostros de la intensa



Magdalena. Fuente: Archivo de Elena García Prieto

luz solar de mediodía. También me invitaron a una fiesta por el decimoctavo cumpleaños de la prima de Joaquín. Comimos un delicioso chivo cocinado a la brasa con arroz, bebimos litros de ron y bailamos hasta el amanecer como si el mundo se fuera a acabar esa misma mañana. Por unos instantes, olvidé las expectativas traicioneras y el haber dejado lejos a mi familia.

En las celebraciones wayuu y en los largos trayectos por el desierto en jeeps desvencijados, castigados por indómitas dunas, tuve mi primer contacto con la cultura popular del Caribe. Durante ocho días el vallenato sonaba a cada rato. Jornadas enteras por caminos improvisados de arena y polvo, entre Cabo de la Vela y Punta Gallinas, en las que no se escuchaba otra cosa que no fueran los clásicos temas de los hermanos Zuleta, Binomio de Oro o los Diablitos. El imponente y desenfadado acordeón respira en cuatro aires marcados por el ritmo sincronizado de guacharaca y caja; unas veces se baila una parranda y,

otras, se suspira en una cadencia. El inigualable Diomedes Díaz cantaba:

*Me siento orgulloso de este arte,
hoy en día mi bella profesión.
Desempeño el cargo como autor,
algo muy bonito de mi parte.
Y ahora tengo base pa' cantante,
que es lo que me llena de emoción.
Ya puedo cantar una canción,
pa' que sea escuchada en todas partes.
Con arreglos propios de mi arte,
para enriquecer este folclor.*

Supe entonces que la historia, antes de ser escrita, era cantada por los viejos maestros del vallenato, capaces de aunar los diferentes orígenes de la raíz colombiana en una canción. Y yo, en mi ignorancia de recién llegada, que del único *balletto* del que había oído hablar era el que hacía referencia a la cría del monumental cetáceo, no lograba entender esta música que, a todas horas, me



San Bernardo del Viento, Córdoba. Fuente: Archivo de Elena García Prieto

ponía la cabeza como un bombo. Aquello ocurrió hace mucho... o mucho fue cambiando el sentido de mis viajes por el Caribe colombiano.

En su juventud, García Márquez vendía libros recorriendo la región Caribe, absorbiendo la cultura popular y transformándola en una fuente inagotable de inspiración para sus cuentos y novelas, narrados a través de miradas opuestas y de diferentes generaciones, de la familia Buendía, Fermina Daza y Florentino Ariza. El escenario de trágicos romances en tiempos del cólera, en tiempos de quererse hasta el final de los días, cuando la vida ya no tiene límites.

Antes de volver a “cruzar el charco” para pasar las Navidades de 2018 con mi familia, justo un año más tarde, dejé mi apartamento en Bogotá y tomé un avión a Cartagena de Indias. A la mañana

siguiente, una lancha motora me trasladó hasta Isla Grande. Allí, en uno de los muelles, me esperaba Carlitos, un señor caleño que una década atrás, cansado de la ciudad y el ruido, había decidido irse a vivir al paraíso. Después conoció a Viviana, tuvieron a su hijo Nico, el niño rubio de ojos color aguamarina, y construyeron un hostel al extremo oriental de la isla.

Como yo viajaba muy justa de dinero, me hicieron el favor de ofrecerme un alojamiento más económico en la cabaña de los trabajadores, junto a los manglares y el muelle, lejos de otros turistas, su olor a bloqueador solar y sus cámaras de última generación. Mi rincón preferido en el mundo. Allí conocí a Luis y a Vayron, dos hermanos oriundos de la isla que ayudaban a la familia de Carlos en las tareas de mantenimiento del hostel. Junto a ellos descubrí el corazón de este escondite



San Bernardo del Viento, Córdoba.

Fuente: Archivo de Elena García Prieto



Leonel Torres, líder y vocalista de la banda Estrellas del Caribe. San Basilio de Palenque, Bolívar.
Fuente: Archivo de Elena García Prieto

en medio del mar, Orika y su gente hermosa. Fue la primera vez que asistí a una pelea de gallos, nadé bajo la oscuridad absoluta de la noche entre el reflejo de las estrellas y los destellos luminosos del plancton marino, y fui devorada por zancudos diabólicos en paseos furtivos de madrugada. Pero, más allá de todo, lo que a mí realmente “me sacó del estadio” fue aprender a bailar champeta. “Eso que mira con ojos curiosos, señorita Elena, es el picó, un sistema de sonido capaz de derribar paredes y hacer que los corazones exploten de júbilo”, me decían. Qué fascinación. Los niños saltaban y bailaban, se movían como si sus pies tuvieran alas, mientras abuelos, cuñados y primos compartían mesa y se bebían la vida en refrescantes sorbos de cerveza Costeñita; no podría ser de

otra manera. Las parejas se fundían en un solo ser y sus pulsaciones se acompañaban al ritmo del querer. En un fugaz parpadeo, todos los relojes se pararon, cerré los ojos y pude tocar la plenitud con la yema de los dedos. Allí era exactamente donde debía estar, donde quería estar.

Casi siempre termino pensando que los imprevistos ocurren por algún motivo, algo que casi nunca llegaremos a ser capaces de razonar. Como aquella mañana de viernes en la que me despertó el dolor de cabeza por el terrible guayabo y un mensaje inesperado. Otra de esas raras ocasiones de la vida que me convencen de que todo lo extraordinario pasa porque tiene que pasar, para que de ello aprendamos y nos atrevamos



Tierra Bomba, Bolívar.

Fuente: Archivo de
Elena García Prieto

a cambiar. Por fortuna, las raras ocasiones suelen tener una banda sonora que facilita la tarea de recordarlas. Y así es como entró en escena el personaje más especial de este relato, protagonista de emocionantes encuentros y tristes despedidas, aquel que me prestó las alas y su traje de loco. Una bonita casualidad que, aún hoy, me hace sentir muy afortunada. Por cada oportunidad de volar con el sonido de la selva, una primera sonrisa y laberintos de emociones indescifrables. Porque hubo alguien que, al cruzarse en mi camino, lo decoró de música lejana, palabras extrañas y significados invisibles y mágicos. Y así, el latir del tambor me llevó hasta San Basilio de Palenque.

Hay una fabulosa canción de la banda Estrellas del Caribe que conecta con el pasado: “Hace tiempo que mi madre me dijo que vino un hombre enviado de Dios. Ese hombre que se llama Benkos Biohó”. Un hombre de sangre negra, recordado

por ser quien lideró a los cimarrones que, huyendo de esclavitud colonial, fundaron el primer pueblo libre de América: “Benkos Biohó llegó a Cartagena y en Palenque se quedó [...]”. Este lugar único en el mundo, cimentado más de doscientos años antes de que Colombia se independizara de España, es un pedazo de *mama* África. La raíz no se corta, crece en el alma del palenquero. Aquí la alegría, además de flotar en el aire y en los ritmos, se abraza a las papilas gustativas acompañada de coco y anís: “*casera, cómpreme a mí*”, gritan entonces las vendedoras de dulces. Alegría también es lo que salpica el arroyo inundado de luz y agua viva, donde los niños juegan y los viejos limpian sus vergüenzas, las mujeres lavan y entonan, los jóvenes celebran eso que canta Petrona Martínez de que, a pesar de todo, la vida vale la pena.

La música y la danza están por todos lados. El tambor avisa a los pueblos cercanos de un fallecimiento o una fiesta en San Basilio de Palenque.

El lumbalú despidе una vida plena durante nueve días y sus noches, volviendo a la muerte tristemente hermosa. Tambó que marca el palpitar de esta tierra y cada uno de sus despertares. Se canta y se danza lo que se siente, y el palenquero nace sintiéndose africano. El son de negro, la puya, el son palenquero, la pava, el mapalé, el bullerengue sentado, la champeta...Prevalecerá por siempre el legado de cantadoras y tamboreros; mujeres de firme semblante y voz poderosa, como Graciela Salgado o Dolores Salinas, y sabios maestros, mecenas de la tradición de la talla de Paulino Salgado "Batata" o Rafael Cassiani. El Sexteto Tabalá, Son Palenque o las Alegres Ambulancias dejan una puerta abierta a las nuevas generaciones de prodigiosos músicos, jóvenes con un talento excepcional corriendo por sus venas.

La creatividad florece en cada esquina, se escucha desde las puertas y ventanas de cada casa, se acerca por el monte entre campos de yuca y maíz. Lo esencial está en preservar la cultura y no olvidar de donde se viene, para enseñarle al mundo entero que este es el hogar de una gran familia concedora de su historia. Una historia que es cuidada y protegida del paso del tiempo con inquebrantable orgullo, riqueza expresiva y emoción en el arte de la música, la palabra y el baile.

Tengo una amiga que pegó a su nevera un papel con la definición de *ecuanimidad*, según Sallés (2011):

Es la cualidad que surge cuando logramos asumir las cosas tal cual son. Cuando dejamos de resistirnos o de rechazar lo inevitable y dejamos de



Mercado de Bazurto, en Cartagena, Bolívar. Fuente: Archivo de Elena García Prieto

desear aquello que no tenemos. Cuando somos capaces de aceptar la “realidad” y asumir que en todo lo que sucede actúan las leyes de la naturaleza. Siempre trato de recordar esta definición si no entiendo por qué las cosas no salen como yo quiero. Cuando busco desesperadamente una respuesta a por qué lo bueno no dura para siempre. Son las leyes de la naturaleza.

No me quedó más remedio que recurrir a la ecuanimidad al aceptar que el verdadero significado de viajar, eso intangible que lo hace realmente valioso, está en que cada trayecto tiene un principio y, aunque no lo deseemos, también un final. Y empecé a aceptar con resignación el momento de regresar, hacer la ruta inversa en un avión cargado de incertidumbres y adioses, en dirección a Madrid. Atravesar el cielo, las nubes y las franjas horarias, mirando hacia abajo, hacia la colosal sábana azul que es el mar, preguntándome si todas mis lágrimas cabrían en el océano Atlántico.

Si sabemos que el final tiene que llegar, al menos que sea un final precioso. Así tuve una emocionante, improvisada y sensacional despedida. El último viaje para sentirme poeta en tierras del Caribe colombiano.

El 25 de diciembre de 2019, vacié y cerré una casa, preparé mi equipaje sin saber muy bien a dónde llegar y me fui a la Terminal Salitre, en Bogotá. En mi equipaje llevaba la cámara analógica básica de segunda mano, una manta para sobrellevar el frío polar dentro de los buses y un cuaderno de viaje con mamoncillos pintados en la cubierta. En sus hojas iría apuntando cada detalle, sentimiento y lección aprendida. Capurganá, Sapzurro, la selva del Darién, Armila, Necoclí, Lorica, San Bernardo del Viento, la Cartagena oculta, Tierra Bomba, Curramba la bella, Ciénaga... Ciudades, pueblos y veredas, celebraciones, tradiciones y mitos. El estudiado sentido popular en la letra de cada canción. No olvidaré el rugido inmortal del picó El Tigre Turbo en Barranquilla: “Y aquíííí suenaaaaa, El Tigre

Turbo, recuerda las verbenas de ayer con esta joya musical”. Bebe, besa, baila, goza, siente, que la vida es una sola. Ritmos africanos, salsa vieja, la guitarra *champetúa*, gaitas, maracas y cueros. Aún hay quienes, embriagados de melancolía, coleccionan y comparten tesoros musicales del mundo. Kilómetros, horas, miles de preguntas por la carretera de la costa. Y ahora suena Joe Arroyo: “Barranquilla hermosa, yo te canto ahora, con gratitud y amor, del cantor al pueblo que adora, a la nobleza y sentir de su gente acogedora [...]”. Hermano, suba la música. Siga tocando. Más fiesta, más guaro, más ron, más ñeque. Se acabaron las frías. Cuerpos danzando, cuerpos vibrando. Ya amaneció y *nos chupó el diablo*. Y en cada destino improvisado lo más preciado es su gente. Un mes sin hacer planes. Páginas y más páginas tratando de describir la felicidad, el amor y las despedidas en palabras, dibujos y fotografías. Nuevas caras y eternas sonrisas retratadas. El valor de lo inmortalizado en ese cuaderno es incalculable.

Colombia, tierra querida, ya el tiempo voló, como las hojas de los árboles en el otoño de este lado del mundo. Llegó la hora de retornar, con una maleta cargada de recuerdos, el mejor jarabe para el alma, y un amor infinito por aquella gran familia adoptiva que supo curar mis heridas. Porque al final, viajando sola descubrí que lo mejor de la vida es vivirla acompañado. Una familia que allá me espera, que acá tendrá a dónde llegar. Porque el viento me susurra y yo le susurro de vuelta al viento que inmenso será por siempre mi agradecimiento. Viajar es querer regresar.

Referencias

- De Pineda, I. (2018, marzo 11). Cuando viajar no es solo conocer nuevas tierras. *La Nación*.
<https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/cuando-viajar-no-es-solo-conocer-nuevas-tierras-nid2114830/>
- Sallés, P. (2011, octubre 21). La persona ecuanime. *Psicología a puertas abiertas*.
<https://paulinasalles.wordpress.com/2011/10/21/la-persona-ecuanime/> ■■■



Tienda de vinilos, en Barranquilla, Atlántico. Fuente: Archivo de Elena García Prieto

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

CIEN AÑOS DE
SOLEDAD

